

## SUMARIO

Crónica general, por Niemand; pág. 337. — Una reparación, por E. de O. C.; página 339. — Inglaterra y el Transvaal, traducción por el Marqués de Zayas, comandante de Estado Mayor; pág. 341. — La reconstitución (continuación), por don G. M. Seco, coronel de Infantería; pág. 345. — Sección Bibliográfica: Defensa del general Jáudenes, hecha por el general de brigada don Ignacio Salinas y Angulo. — Grietas en los cascos ó vainas metálicas de los cartuchos de fusil, por don Francisco Cerón y Cuervo, comandante de Artillería, pág. 352.

Pliegos 77 y 78 del tomo II del DICCIONARIO DE CIENCIAS MILITARES, por don Mariano Rubió y Bellvé, comandante de Ingenieros.

Pototskii: TRATADO DE ARMAS PORTATILES Y DE TIRO; pliegos 33 y 34. Traducción y ampliación, por don Narciso Martínez Aloy, capitán de Infantería.

---

## CRONICA GENERAL

LA NUEVA ORGANIZACIÓN DE LA ARTILLERÍA DE CAMPAÑA ALEMANA.—CONSUMADA SUPRESIÓN DE LA ARTILLERÍA DE CUERPO DE EJÉRCITO. — IMPORTANCIA NUEVA QUE ADQUIEREN LAS DIVISIONES.—RECELOS DE NUESTROS VECINOS POR LA REFORMA. — ALABANZAS DE DRAGOMIROFF Á LA PIEZA DE ARTILLERÍA FRANCESA.—LA TRANSFORMACIÓN DE NUESTRO MATERIAL DE CAMPAÑA.

Desde 1.º de octubre próximo pasado está ya en vigor en Alemania la nueva organización de la artillería de campaña, suprimiéndose la artillería llamada de cuerpo de ejército, por quedar todas las baterías á disposición de los comandantes de cada una de las divisiones integrantes de aquella unidad superior.

No hemos de tratar detalladamente lo que á este asunto se refiere, pues la REVISTA dió á conocer oportunamente sus puntos de vista más esenciales (1). Únicamente hemos de indicar que el hecho de la supresión de la artillería de cuerpo se ha consumado ya; y dado el espíritu de imitación de las cosas alemanas que reina en todos los ejércitos del mundo, hay que marcar esta modificación como una de las grandes evoluciones en la historia de la artillería de campaña.

La artillería de cuerpo es relativamente moderna: antes de 1866 no existía tal subdivisión de dicha arma, desempeñando su papel las llamadas reservas de artillería. Enemigos, en general, los alemanes del sistema de las reservas tácticas, suprimieron las de artillería, diciendo que jamás se sacaba partido de ellas, y crearon la artillería de cuerpo, que había de estar á la disposición del comandante en jefe para que éste la empleara en el momento y lugar más convenientes. Aun así creen que la artillería de cuerpo no llegaría bastante pronto al teatro de la lucha, y esta es la razón de suprimirla, repartiendo las baterías entre las divisiones; es decir, que ya no tienen más que artillería divisionaria.

La ligereza del nuevo material y la rapidez de su tiro explican esta evolución; pues realmente, las nuevas condiciones de las piezas hacen de la artillería

---

(1) Banús—*Opiniones acerca de la organización de la Artillería de campaña de Alemania* números 4 2 y 3 del presente tomo.

más un arma de las vanguardias que de las reservas. Un ejército bien dirigido, velado por el cordón de los exploradores y por todo el servicio de seguridad en marcha, no debe temer las sorpresas; y de aquí que sea conveniente emplear desde el primer momento toda la artillería para preparar el ataque de la infantería. Esta teoría ¿producirá todos los beneficios que los alemanes presumen? En un ejército vencedor, que sea, como decían los antiguos marinos, *dueño del viento*, es probable que sí; pues la rápida entrada en línea de toda la artillería anonadaría al adversario. En un ejército quebrantado nada hay que sea útil: de modo que el exceso de la artillería divisionaria sería *un estorbo* (!) más; algo que complicaría los movimientos indecisos, las marchas y las contramarchas que hacen de continuo tales ejércitos.

Probablemente los alemanes, al hacer tal modificación, han querido realizar algo más que una simple reforma orgánica y táctica. Del mismo modo que de su compañía en pie de guerra hicieron, sin que apenas nadie se fijara en ello, un batallón de la antigua usanza, harán ahora un cuerpo de ejército de una división. Nadie notará el cambio mientras no haya una guerra; pero si ésta se declarase, habría de ver cómo las divisiones alemanas se comportarían como verdaderos cuerpos de ejército, dotados en absoluto de toda la independencia necesaria para obrar decididamente sin requerir auxilios de nadie, en ningún caso.

De todos modos, en Francia se ha visto la reforma con malos ojos. Nuestros vecinos divisan algo detrás de la cortina, y titubean al explicar lo que muy claro no han comprendido, ni es fácil que comprendan por ahora. La historia enseña, en efecto, que ciertas lecciones sólo se aprenden á tiros.

\*  
\*  
\*

Para consolarse del embarazo que en su ánimo ha de producir el ver á cada división alemana armada con 74 piezas, pueden leer los elogios que el general Dragomiroff dirige al material de artillería francés con motivo de la polémica sostenida en Rusia sobre la oportunidad de cambiar la artillería de campaña de aquel vasto imperio. El ilustre general no es entusiasta de que su nación, pobre, gaste una cantidad equivalente á tres ó cuatrocientos millones de pesetas en la adquisición de nuevas piezas, creyendo que no ha llegado el caso de precipitarse en una materia que está sobre el tapete. Con este motivo, compara el material alemán con el francés, y deduce que esta última potencia, por haber hecho la reforma más tarde que Alemania, tendrá ahora una artillería más perfecta. «Han adquirido los artilleros franceses—dice—una fijeza tan grande en la cureña (y, por consiguiente, una invariabilidad tal de la puntería), que puede colocarse una moneda sobre una rueda, en el punto más alto de la llanta, y permanece en el mismo sitio durante un número indefinido de disparos. Los sirvientes de las piezas pueden permanecer en sus asientos durante el tiro y desempeñar su cometido de abrir y cerrar la recámara y cargar sin la menor molestia. La extremada rapidez del tiro anula, por decirlo así, la velocidad de los blancos animados, pues estos blancos reciben sin cesar la lluvia de proyectiles que les persigue; de modo que el tiro sobre blancos movibles deja de ser esencialmente distinto del realizado contra blancos fijos.»

\*  
\*  
\*

Las observaciones del ilustre general ruso deben leerse desde la primera hasta la última de las líneas transcritas, y, como consecuencia de ellas, meditar sobre la resolución, en España, del problema de cambiar nuestra artillería. Hay, en nuestro pobre concepto, un punto que no sabemos que se haya tratado con suficiente detenimiento por los que últimamente han analizado tan interesante problema; y este punto es la conveniencia de transformar las actuales piezas de campaña, para acomodarlas, *en lo posible*, á las nuevas ideas. El cartucho completo y la reja ó arado de la contera son buenos elementos para modificar la rapidez de la carga y la corrección de la puntería, sobre todo si se acertara á descomponer en dos porciones parte del mástil de la cureña, enlazándolas por un freno de resorte ó de otra naturaleza. Si así se hiciera, no tendríamos, desde luego, una pieza moderna, pero quizá poseeríamos á poca costa, y con el sólo auxilio de nuestras propias fuerzas, una pieza de tiro más rápido que las actuales, y esto sería un buen avance dado á la resolución del problema.

Indudablemente se nos objetará que las transformaciones no resuelven nada, y quizá se nos recuerde que la modificación del Remington no nos libró de comprar el Mauser; pero estas objeciones no lo son realmente. La transformación del Remington mejoró el armamento, y mejorado quedó para cuando las reservas tengan necesidad de emplearlo... si llega á haber reservas. Pues bien, la transformación de las piezas de campaña, si pudiera obtenerse, mejoraría las condiciones de estas piezas, cualquiera que fuese el objeto á que se pudieran más tarde destinar, y, por lo tanto, no sería dinero perdido el empleado en ellas; este dinero no saldría en su mayor parte del país, y estaría España á la mira de ulteriores progresos, quizá no lejanos.

Bien sabemos que este programa no ha de gustar á nadie, pues somos aficionados *á lo mejor*, no á lo posible realmente; pero, aun á trueque de que estemos solos en su defensa, opinamos que bien valiera la pena de examinar qué condiciones prácticas ofrece su realización. Si Rusia, *por pobre*, renuncia á transformar su artillería, nosotros, no ricos, podemos esperar también: y, entre tanto, dedicarnos con todas las fuerzas á mejorar la existente, á dotar á la misma artillería de elementos de instrucción táctica verdad, para que, obrando ya sola, ya en combinación con las demás armas, puedan sus propios oficiales, los demás del ejército, y los generales que han de dirigirlas, emplear, con el máximo fruto posible, un medio de lucha cuya importancia creciente nadie puede desconocer.

NIEMAND.

10 noviembre 1899.

---

### UNA REPARACIÓN

Si como parece y con gusto hemos visto ha llegado ya la hora de recompensar dignamente á los heroicos defensores de Baler; aquellos valientes soldados que ni por un instante desmayaron en su larga y gloriosa empresa, llegado es también el momento de que se traiga á la memoria el recuerdo de la batería de *Punta Sangley*, en la que otro puñado de héroes mandados por el modesto y bizarro teniente de artillería don Valentín Valera supieron también cubrirse de

gloria en la famosa y primera acción librada en las tranquilas aguas de la bahía de Manila entre españoles y norteamericanos, el tristemente célebre día 1.º de mayo de 1898.

¡¡Punta Sangley!! ... ¡¡Baler!! timbres inmarcesibles para nuestro ejército, y brillantes páginas que no deben olvidarse.

La prensa de todos los matices, incluso la extranjera,<sup>4</sup> y entre ésta la americana, que supo apreciar, en esta ocasión, el mérito de los nuestros, y la opinión pública, agitada en las Cámaras, por la caldeada y elocuente frase del señor Romero Robledo, se ocupó de modo desusado en el hecho, apreciando en su justo valor, la heroica y tenaz resistencia que el señor Valera con sólo dos piezas, opuso á la poderosa escuadra de Dewey que con sus 112 bocas de fuego sembraba la muerte y la destrucción.

Si brillante fué la defensa llevada á cabo por la batería de Punta Sangley en el primer período de aquel combate, mucho más grande y sublime aparece en el segundo, cuando incendiada y hundida en el mar la débil escuadra española quedó su bravo comandante falto de todo apoyo y sostén, firme é impávido en su puesto, haciendo muy certeros disparos que no cesaron hasta que recibió orden de retirarse á la plaza, siendo el último en practicarlos, después de inutilizar sus piezas bajo el fuego enemigo.

Ya que no rendida, evacuada necesariamente la plaza de Cavite, aun se puso á prueba el temple del alma de Valera, que inutilizando las piezas más pesadas pudo salvar á brazo con sus artilleros las ligeras y los fusiles del Parque, perdiendo todos sus modestos intereses particulares, para caer algunos días después, ya levantado en masa el país, en poder de los insurrectos filipinos, no sin librar antes reñidísima acción.

Grandes rigores y sufrimientos de todo género resistió durante su cautiverio, hasta que tuvo la fortuna, que aun pudo alcanzar para otros con su esfuerzo, de fugarse gravemente enfermo.

Tan avanzado estaba el mal cuando desembarcó en la Península, que pudo presagiarse su próximo fin, que quizás hubiera tenido, á no ser por el solícito interés y magnanimidad de nuestra soberana, que, atenta siempre á las desgracias del soldado, supo con mano piadosa detener el mal á tiempo.

Esta meritísima labor de la augusta Reina debe ser continuada por el ministro de la Guerra, proponiéndola que sea recompensado cual se merece y no como hasta ahora lo ha sido, el valeroso oficial de artillería señor Valera, que á tanta altura colocó su nombre y el del cuerpo en que sirve, que acertó á conservar las vidas de la gente colocada á sus órdenes y mantuvo glorioso el pabellón español en los tristes desastres de Cavite.

Lo exige la recta justicia, lo reclama el buen sentido, y la equidad en que se inspiran siempre las leyes militares, y lo alabará seguramente la opinión, que parodiando al conde de Chateaubriand dice, «los cañonazos disparados en Punta Sangley resonaron para honor del ejército español en toda Európa.»

E. DE O. C.

## INGLATERRA Y TRANSVAAL

Tratando en un largo artículo de la guerra de los boers, revela el periódico *Allgemeine Zeitung* que el objetivo político perseguido por Inglaterra consiste en destruir el partido *africander* y en substituirlo por la soberanía anglo-sajona, deduciendo de aquí la consecuencia de que, también en su carácter militar, tendrá la lucha el aspecto de una guerra de razas y de pueblos, en la cual no se tratará de vencer á un ejército enemigo, sino de aniquilar políticamente toda una raza.

En vista de las fuerzas combatientes, relativamente poco importantes, que se propone emplear Inglaterra en el teatro de operaciones sudafricano, parecerá tal vez esta consecuencia algo exagerada en el momento actual; pero, de todas maneras, las explicaciones del mencionado periódico, que ponen en claro la situación inicial de la guerra y la posible influencia de ciertos factores en el curso de la misma, merecen hoy la atención más completa, puesto que han de servir de fundamento para la inteligencia de inminentes sucesos militares.

Respecto á las fuerzas combatientes que deben considerarse, se destacan tres grupos: los *africanders*, los ingleses y los indígenas. Del lado de los *africanders* tenemos desde luego las dos Repúblicas boers de Transvaal y Estado libre de Orange á los cuales afecta la guerra. Inmediata á ellas se encuentra la gran Colonia británica del Cabo con una población, en su mayoría, de raza afín con los boers. Estos *africanders* han de mirarse como benévolos, es decir, como aliados morales de las Repúblicas boers. Desde este punto de vista, la Colonia del Cabo, militarmente considerada, es el territorio que constituye la base de toda operación contra las Repúblicas boers. De él han de salir incesantemente en dirección al Norte los necesarios refuerzos de hombres y caballos, y los aprovisionamientos de municiones y víveres. Si la guerra durara mucho, podría hasta ocurrir que el elemento *africander* de la Colonia del Cabo se pronunciara en favor de los boers. Del lado de los ingleses hay, como aliados, el imperio británico con el *Self-governing Colony* de Natal, como pueblos auxiliares al territorio británico de Bechuana, la *Chartered Company* y Rhodesia, y como neutrales benévolos, y quizás más tarde amigos activos, el reino de Portugal. El tercer elemento en esta ponderación de fuerzas lo forman los indígenas de color de toda el Africa del Sur. No se puede prever hoy de qué lado combatirán estos negros, cuyo número asciende casi á cuatro millones. Sin embargo, lo más probable es que las circunstancias se desarrollen sobre este particular en forma análoga á las de la guerra de la independencia americana. Influidos por el oro y por causas locales, combatirán las diversas razas, ya de éste ya de aquel lado, á semejanza de cómo lo practicaron los indios de la América del Norte hace un siglo. Al desligar centenares de miles de salvajes del servicio militar de los dos adversarios blancos y cristianos en el Africa del Sur, tomará allá la guerra un carácter de crueldad tal como jamás se haya imaginado. A la guerra de exterminio y á la lucha de razas se sumarán, en contra de los indefensos, horrores tales, que sólo recordaremos haber leído en informes ingleses que llevan por título *Turkish atrocities*.

El esclarecer estas cosas es indispensable en toda consideración técnico militar, pues el carácter que revestirá la guerra, deducido de sus fines políticos, in-

fluye en los métodos y despliegue de fuerzas de ambos beligerantes, tan decisiva é inmediatamente, que hace necesario presentar á los lectores continentales la discrepancia fundamental existente entre una lucha sudafricana de pueblos y razas y nuestros modelos europeos.

Una circunstancia no menos esencial constituye la gran extensión del teatro de la guerra. Ambos Estados africanos aliados ocupan una superficie no mucho menor que el Imperio alemán, á excepción de las provincias de Prusia oriental, Prusia occidental y Silesia. Esta comparación puede aplicarse también á las dimensiones en longitud y latitud, y al mismo tiempo el río Vaal, que separa el Transvaal del Estado libre de Orange, tiene una gran analogía con la línea alemana del Main. Según esto, corresponde Orange á Alemania del Sur junto con Alsacia y Lorena, mientras el Transvaal es semejante á Alemania del Norte, sin las tres provincias mencionadas. Sólo orográficamente está invertida esta proporción con respecto á Alemania, porque encontramos el Norte, esto es, Transvaal, montañoso por excelencia, mientras en Orange predominan las llanuras.

Ambos mencionados elementos—el carácter de la guerra y la extensión del teatro de operaciones—permiten desde luego calcular en general las fuerzas que son necesarias para dominar por las armas y pacificar totalmente aquel vasto territorio, que será pronto desolado por una guerra de razas, encarnizada y sin piedad.

La historia de la guerra suministra sobre este particular ejemplos interesantes. Todo el mundo sabe las enormes masas de soldados que tuvo que emplear Napoleón I para hacerse dueño de España, en lucha por su independencia política, y para vencer á aquellas guerrillas. Cientos de miles de las mejores tropas francesas, mandadas por los más afamados generales, se enviaron á España en el transcurso de algunos años, y es opinión muy fundada que las enormes pérdidas de hombres allá sufridas dieron el primer impulso para derribar el poderío militar del primer Imperio. También las guerras de independencia de los tirolese contra bávaros y franceses aliados suministran un buen ejemplo para el despliegue de fuerzas en las guerras nacionales. El ejemplo más reciente, y sin embargo poco conocido, de una guerra efectuada por un ejército regular contra un pueblo que pelea por su independencia, nos lo ofrece la ocupación de Bosnia por los austriacos en 1878. Cuatro divisiones austriacas, con 72.000 combatientes, 13.000 caballos y 112 piezas, llegaron á encontrarse en situación tan apurada frente á 8.000 insurrectos, que la dirección del ejército austriaco se vió precisada, para sojuzgar completamente el país, á reunir hasta 14 divisiones con 262.000 hombres, 110.000 caballos, 300 cañones, numerosos carruajes y 5.000 acémilas. Y Bosnia es en extensión sólo la novena parte del territorio de ambas Repúblicas sudafricanas, y no está separada de Austria por el Océano, sino por el río Save.

La gran desproporción de fuerzas de un ejército regular, y lo que éstas se gastan en una guerra nacional, no sólo es axioma conocido de todos los técnicos, sino que hasta los no militares comprenden fácilmente que en las luchas contra todo un pueblo falta verdadero objetivo de operaciones. En las guerras europeas puede, por lo menos en general, considerarse terminada la campaña con la toma de la capital del país; en la guerra nacional, por el contrario, aun con la ocupación del lugar permanente de residencia del gobierno, ha de tardarse

mucho tiempo en obtener la paz. Los bávaros tomaron Innsbruck, los franceses Madrid y los austriacos Serajewo, sin conseguir así ningún golpe decisivo. Y aun cuando los británicos se apoderen de Pretoria, no podrá, según todos los cálculos, darse por concluida la guerra en manera alguna. En la guerra nacional está el enemigo en todas partes, pero sobre todo en las comunicaciones de retaguardia y en las líneas de retirada del invasor. Esto origina para las tropas regulares la dificultad muy especial de mantener siempre libres estas líneas ante las empresas de un enemigo conocedor del país, lo cual sólo se logra á costa de un gran derroche de guarniciones y tropas de etapa. La fuerza de éstas suele exceder pronto al número de las tropas que combaten activamente. La dificultad de la guerra popular consiste en sostenerse, nó en conquistar.

Se deriva de aquí la consecuencia de que para conducir rápida y victoriosamente una guerra, es condición primera é indispensable la de disponer de una superioridad numérica abrumadora. Sin ella, toda campaña en país insurreccionado ha de degenerar en una lucha larga, penosa y extremadamente costosa, en la cual todas las ventajas estarán de parte del pueblo resuelto á pelear hasta morir, y todos los inconvenientes de parte de los cuerpos de tropas del ejército ofensor. Estas desventajas, á medida que aumentan las distancias en el teatro de operaciones, hacen crecer en progresión geométrica la dificultad de los aprovisionamientos y las naturales aptitudes guerreras del pueblo que combate por su libertad.

No se concibe por qué razón una ley militar semejante, sancionada por todo el mundo, ha de perder su valor sobre el teatro de la guerra sudafricana. Antes al contrario, parece que allá habría de regir más que en ninguna parte. Las distancias, en comparación con las tropas que se mencionarán, son desproporcionadamente grandes, los transportes de hombres, material y provisiones han de efectuarse, hasta el menor detalle, por el Océano y á muchos miles de millas, el alojamiento en un país poco poblado es todo lo más difícil que se pueda imaginar, y el enemigo es de una raza cuyos individuos se distinguen por el hábito y resistencia á toda fatiga, por su sobriedad y por ser consumados jinetes y excelentes tiradores. Frente á un enemigo tal hay un ejército cuyas necesidades de *confort* se manifiestan en columnas del tren asombrosamente largas, y cuyas comunicaciones de retaguardia son delicadas en extremo.

Puede así afirmarse que la dominación por los ingleses de las Repúblicas boers aliadas, sólo se realizará cuando aquéllos estén en condiciones para reunir sobre el teatro de operaciones una superioridad numérica abrumadora. La cifra de las fuerzas británicas que se consideren necesarias depende naturalmente del número de boers que pueden suponerse disponibles para la defensa de un país. Es muy difícil llegar á un resultado absolutamente exacto en este sentido, valiéndose de datos muy contradictorios de origen inglés, francés y sudafricano. Las cifras siguientes representan el máximo contingente de hombres armados que pueden formar las repúblicas sudafricanas al principio de la guerra:

|   |                 |
|---|-----------------|
| Transvaal. . . . .                          | 35.000 hombres. |
| Estado libre de Orange. . . . .             | 20.000 —        |
| Voluntarios de la Colonia del Cabo. . . . . | 5.000 —         |
| Voluntarios de Natal. . . . .               | 500 —           |
| Voluntarios de otras naciones. . . . .      | 3.500 —         |
| Total. . . . .                              | 64.000 hombres. |

Pero calculando, en cifras redondas, sólo en 60.000 el número de combatientes en pro de la independencia de los Estados africanos que pueden empuñar las armas con el enérgico propósito de sacrificarlo todo en aras de su libertad política y de su nacionalidad holandesa, librándose así de la odiosa soberanía de Inglaterra, debe la alta dirección del ejército británico arreglarse de manera que disponga en Africa de 150.000 hombres, por lo menos.

Esta cifra, en vista de la tirantez de la situación política en la Colonia del Cabo, no ha de considerarse demasiado elevada, teniendo sobre todo en cuenta que allá los 154.000 habitantes ingleses se encuentran opuestos á una población de 230.000 holandeses, organizados severamente en un *Afrikander-Bond*. Lo mismo en la Ciudad del Cabo que en las demás importantes se han establecido fuertes guarniciones de tropas británicas, no sólo con el objeto de mantener el orden, sino también para asegurar en cierta manera la explotación militar de las tres vías férreas que, cruzando la Colonia, van al teatro de operaciones con longitudes de 1.200, 450 y 300 kilómetros. Si esto último no se realizara, no dejarían de experimentar los británicos consecuencias muy desagradables.

En Inglaterra se califica de ridículamente exagerada la afirmación de que para una guerra acertadamente conducida en el Africa del Sur, se necesita un ejército británico de 150.000 hombres. La diferencia de apreciación de tales cuestiones entre militares británicos y continentales, depende de la originalidad del cálculo británico fundado en que su soldado es militarmente muy superior al de cualquiera otra nación. Pero mientras este axioma de superioridad insular no esté libre de reparos, y mientras las tropas británicas puedan verse sometidas á experiencias como las de la última guerra de los Afridis, el crítico continental está obligado á mantener para el hombre la proporción normal de 1 : 1.

La fuerza total del ejército preparado en Inglaterra para una campaña en el exterior asciende á unos 77.000 hombres. Este ejército, bajo el título de *Service abroad*, se compone de dos cuerpos y una división de caballería con 214 cañones, y representa el máximo esfuerzo militar de que es capaz la Gran Bretaña, dentro de los límites de un ejército permanente nutrido por la recluta voluntaria, sin el concurso de las *auxiliary forces*, esto es, la milicia, voluntarios y voluntarios montados (*yeomanry*). En este caso queda disponible para la defensa de la Metrópoli un ejército sumamente escaso, de modo que, descontando las fuertes guarniciones indispensables en Irlanda, puede considerarse que Inglaterra y Escocia están casi completamente desprovistas de tropas del ejército permanente.

Pero de esos 77.000 hombres que ordinariamente figuran en el *Service abroad*, se han destinado en los últimos años un gran número de unidades, parte á Egipto y Sudán, parte á diferentes plazas del Mediterráneo (sobre todo Gibraltar y Malta), parte al Asia Oriental, y en los últimos tiempos al Africa del Sur. En tales circunstancias, es imposible hoy movilizar ordenadamente en la Metrópoli uno ó dos cuerpos de ejército y una división de caballería. Se trata, ante todo, del envío gradual y sin plan al teatro de operaciones de unidades aún disponibles aquí y allá, y de las cuales puede por de pronto prescindirse. Bajo este concepto han de tenerse por exactos los despachos ingleses que anuncian á voz en grito la movilización de uno ó dos cuerpos de ejército. La falta de tropas en Inglaterra aumenta de año en año con la expansión colonial y las dificulta-

des, y hoy se ha llegado á un punto tal, que inspira serias inquietudes en los centros directivos de aquella nación.

El que Inglaterra, con una escasez de fuerzas terrestres tan indudable, acometa irreflexivamente una guerra que, como hemos visto, reclama esfuerzos militares tan extraordinarios, resulta tanto más asombroso cuanto que esta empresa hace inevitable una reducción por largo tiempo de las fuerzas británicas en el Mediterráneo, Egipto, Sudán y la India. La noticia divulgada por una porción de periódicos de que una guerra con los boers no debilitaría las posiciones británicas en ninguna parte del mundo, se apoya con seguridad en el completo desconocimiento de las circunstancias. Precisamente ocurre lo contrario, y así, la publicidad de esta versión debe tomarse como una nueva prueba de la incomparable habilidad con que la influencia inglesa y la influencia de la organización de la prensa anglo-sajona sobre el Continente, saben mantener en el gran público las apariencias del poderío de la Gran Bretaña.

Traducido del «Militär-Wochenblatt» por el

MARQUÉS DE ZAYAS,

Comandante de Estado Mayor.

(Continuad.)

---

## LA RECONSTITUCION

### IV

#### LA BRUTALIDAD DEL NÚMERO EN LOS EJÉRCITOS MODERNOS

La Historia, con la lógica irrefutable de los hechos, demuestra, hasta la saciedad, que las muchedumbres armadas siempre son vencidas por los ejércitos reducidos, bien organizados y maniobreros, formados por verdaderos soldados, que saben, pueden y quieren vencer.

Los fracasos de los persas, ante la falange; de los bárbaros, ante la legión; de los romanos decadentes, ante los bárbaros; de Atila, ante Aecio; de don Rodrigo, ante Tarik; de los catalanes y albigenses, ante Simón de Monfort; de franceses, turcos, genoveses, griegos y masagetes, ante los catalanes; de los moros, en el Salado, ante los cristianos españoles; de Méjico, ante Cortés; del Perú, ante Pizarro; de Filipinas, ante Corcuera; de Europa, ante los tercios; del mundo moderno, ante Inglaterra; de los republicanos franceses, ante Ricardos; de Europa, ante Napoleón; y de España, ante puñados de insurgentes: he aquí los datos que la Historia nos presenta, para que formemos juicio, sin más excepción notable que las victorias de Prusia contra dos naciones: una, muy pequeña; otra, muy desorganizada, que, en parte considerable, son de su misma raza, y contra el caduco imperio francés; pero, siendo de advertir, que Austria y Francia contaban con ejércitos enormes, de modo que las victorias fueron de una muchedumbre contra otra muchedumbre; y que se trataba de Austria, nación menos militar de lo que generalmente se cree, y de Francia, que, en parte, por mala organización, y en parte, por creer que el fusil de aguja había cambiado los principios eternos del Arte de la guerra, se mantuvo en una defensa pasiva, que es el mejor camino de la derrota, mucho más, teniendo

tropas francesas, tan audaces y ardientes en el ataque, como inconsistentes en la defensa.

Si, de los tratados de Historia, pasamos á estudiar los del Arte de la guerra, vemos que todos los tratadistas antiguos dan razones que no pueden ser destruidas por los progresos industriales, y que demuestran en qué consiste la debilidad de los grandes ejércitos. Almirante (*Diccionario militar*, artículo *Ejército*) condensa estas razones y cita los autores que las pusieron de relieve, por lo cual, no hay necesidad de hacer pobre alarde de erudición, repitiéndolas; sin embargo, como conviene insistir en utilísimas verdades, para que no se olviden, más adelante volveré sobre el asunto.

Antes de acudir á ese arsenal, me permitiré observar que, en la marcha general de los pueblos, existe la lucha, en un principio, con marcados caracteres de permanencia; se sobreponen los más fuertes y los más inteligentes, que son los menos, formando la aristocracia del nuevo pueblo, al cual infunden, con su propio ejemplo, la audacia y el valor; entonces esa aristocracia, ora militar, ora política, ora comercial, arrastra su nación á la lucha contra otros pueblos, generalmente, más numerosos, pero más débiles; crea un estado grande y prepotente, y se entrega á las dulzuras de la paz y de la civilización, que van en pos de la victoria.

Llegado este caso, el valor físico y moral disminuye por falta de ejercicio; y cuando el pueblo viejo ha de sostener nuevas luchas contra otros pueblos jóvenes, el primer signo de su decadencia es la desconfianza en su propio valor, que le obliga á preconizar las excelencias del número y á crear ejércitos inmensos, que, en un principio y en algunos casos, obtienen victorias, ni brillantes, ni duraderas, concluyendo siempre por ser vencidos. Esto debió suceder en los pueblos de Asia, hoy tan numerosos como débiles; esto sucedió entre los romanos y entre los moros; esto sucede en la vieja Europa continental, y esto empieza á suceder en Inglaterra, donde, después de sufrir algún descalabro, se dibujan tendencias al aumento de los efectivos.

Generalmente, se tarda siglos en recorrer este ciclo; pero, á veces, basta la existencia de un hombre, como Napoleón I, para recorrerlo.

Hoy existe un nuevo elemento que contribuye á la magnitud de los ejércitos: este nuevo elemento son los cinco céntimos del periódico.

El periodista que entiende poco de milicia, de política, y quizá de patriotismo, conoce muy bien su profesión, y sabe que será leído con interés por las masas, cuando publique grandes y seductoras noticias, ó artículos de violenta oposición. Por lo tanto, él no quiere que un ejército pequeño, en guerra lenta, artística, perseverante y heroica, ensanche el poder y aumente las glorias de la patria; lo que el periodista pide á toda costa, porque le proporciona utilidad, es una victoria inmediata y decisiva, ó la cabeza de un ministro, el cual, por amor á su cabeza y por debilidad, disfraza de soldados á medio millón de paisanos, para ver si, con toda urgencia, satisface la *opinión pública del periodista*.

Por eso los periodistas hallan más mérito en Napoleón ó en Moltke, que en Gonzalo de Córdova ó en Corcuera, porque el sistema de aquéllos, si bien puede arruinar de un golpe su país, en cambio proporciona rápidamente noticias de sensación, que son la pimienta que excita el apetito de los lectores.

Desgraciadamente, en las diversas profesiones se ha desarrollado la manía

de absorberlo todo: el sacerdote querría que toda la humanidad cantara misa, aunque no hubiera quien la oyera; el abogado, no sólo quiere multiplicar las audiencias y acaparar los registros y toda clase de destinos, sino ejercer la dictadura desde el Parlamento, y el caciquismo en los pueblos; otras profesiones adolecen de igual enfermedad; y los militares de toda Europa, siguiendo la corriente, quieren convertir cada nación en un cuartel. Los mismos individuos de las respectivas carreras suelen recoger los amargos frutos de tan erróneo sistema.

Recorriendo la Prensa profesional, nos hallamos con que algunos, aunque pocos técnicos, protestan de la derogación de principios, que consideran como incontrovertibles; así, el ilustre general Gómez de Arteche, en el tomo I, año 1881, de la REVISTA CIENTÍFICO MILITAR (es decir, diecisiete años antes de la catástrofe), decía con profética clarividencia en su artículo *La cantidad y la calidad en los ejércitos*:

«Los pueblos rebosan de oficiales y clases de los cuadros de reserva, y el brillo de los uniformes deslumbra á los más entusiastas con la idea de haberse convertido la nación en un vasto campamento inexpugnable.

»¡Qué equivocación! Nada de lo que ven resiste al más ligero examen.»

Después indica que esas reservas proporcionarán una multitud de hombres que, por no saber tirar, sólo servirán de estorbo para el mando. En cuanto á no saber tirar, ya hemos oído al señor Calero, testigo presencial de la campaña de Filipinas; sus declaraciones, publicadas en 1.º de enero de 1898, están absolutamente de acuerdo con las previsiones del señor Gómez de Arteche.

Este respetable general, después de reconocer con fundadísimas razones que la calidad es preferible á la cantidad, se pregunta si hay que volver á los pequeños ejércitos; y en seguida responde: «De ningún modo. Hay que ceder algo á la moda... Con un ejército pequeño... la nación se creería desarmada y el pánico haría ilusorio en la primera ocasión todo proyecto militar, hasta el de defenderse.»

Algo parecido á esto he dicho antes, al reconocer el hecho de que las naciones que decaen, sólo confían en el número; sin embargo, yo me atrevería á hacer esta pregunta: la insurrección cubana, á pesar de su debilidad numérica, ¿ha renunciado á todo proyecto militar?...

Continuando nuestras investigaciones, veamos las opiniones de otro notable escritor militar, el señor Martín Arrúe.

Este distinguido jefe, en la *Revista técnica de Infantería y Caballería*, correspondiente á agosto de 1890, publicó un artículo titulado *El absurdo del número en los ejércitos modernos* (1), donde el erudito historiógrafo de nuestras antiguas glorias militares, defendía, como era de esperar, las cifras reducidas.

Pero en el cuaderno de noviembre del mismo año, don M. G. (¿don Mariano Gallardo?) vino á administrarle una suave admonición, traduciendo el artículo *El número y el valor en el combate moderno*, publicado en la *Revue Scientifique*, por *Stephanos* (pseudónimo de un distinguido oficial de artillería francesa). La

---

(1) Yo más francote, menos correcto y peor educado, en el título del presente artículo, he puesto la palabra *brutalidad*, en lugar de *absurdo*.

nota puesta por don M. G. no deja lugar á dudas, sobre la intención con que la traducción fué hecha.

*Stephanos*, después de hacer algunas consideraciones de carácter general, entra en la parte original y contundente de su notable trabajo, en el cual, por medio de cálculos de la mayor precisión, prueba las ventajas del número. Como muestra de su sistema de razonamiento, copio los siguientes párrafos:

«En el combate moderno, á gran distancia, el número es temible, porque permite envolver por medio del fuego (1), con lo que se consigue realmente exponer á cada uno á los tiros de muchos. Se puede formar idea de la influencia del número, examinando el caso ideal del combate de dos tropas, que sólo difieran por él, dotadas por lo demás de cualidades idénticas. Las armas serán las mismas, y también la habilidad para manejarlas; el terreno no favorece á ninguno de los combatientes; las líneas tienen la misma densidad, y para no hacer que intervenga prematuramente el factor valor, admitiremos que es absoluto en una y otra parte, es decir, que cada uno prolonga la lucha hasta la muerte.

»Sean, en estas condiciones,  $n$  y  $n'$  los números de combatientes en un momento cualquiera;  $a$  el número entero ó fraccionario de hombres, que pone fuera de combate, en la unidad de tiempo, uno de los combatientes.

»El fuego de la segunda tropa hace perder á la primera durante el tiempo  $dt$

$$n' a dt \text{ hombres:}$$

el efectivo de la primera disminuye en  $dn$ , de modo que

$$- dn = n' a dt$$

y de igual manera

$$- dn' = n a dt.$$

»De cuyas relaciones se deduce

$$n dn = n' dn'$$

é integrando

$$n^2 - n'^2 = \text{constante.}$$

»Luego, durante el combate ideal supuesto, la diferencia entre los cuadrados de los números que representan los efectivos, permanece constante.

»Si el combate se verifica entre un batallón de 1.000 hombres y una compañía de 250, el número  $x$  de soldados sanos y salvos, que quedarán en el batallón, cuando la compañía haya desaparecido, se obtendrá por la ecuación

$$x^2 = \overline{1.000^2} - \overline{250^2}$$

de donde

$$x = 968.$$

»La pérdida del batallón sería de 32 hombres para destruir 250.»

(1) Ya hemos visto que Calero Ortega, en vista de la experiencia, desmiente esta proposición. (V. nuestro artículo III)

Confesemos que este modo de razonar es aplastante; y como no me propongo copiar todo el artículo (aunque, por su importancia, lo merece), diré que más adelante establece la ley de los efectivos, en fórmula algebraica; y termina demostrando el siguiente

TEOREMA: *Dos tropas son equivalentes cuando el producto del coeficiente mecánico, por el número que representa su valor, por el cuadrado de su efectivo, es igual en las dos.*

Este teorema, en lenguaje algebraico, lo expresa así:

$$c \pi n^2_0 = c' \pi' n'^2_0$$

donde las letras, por el orden en que están colocadas, representan los respectivos factores.

El señor Martín Arrúe replicó en el cuaderno de diciembre, publicando un artículo titulado *El número en los ejércitos* (ya no lo llama absurdo) y *la unidad de armamento*, título que por sí solo constituye una rectificación; sin embargo, el autor considera que el valor y otras cualidades morales no son susceptibles de representación numérica; y que aplicar la Matemática á este género de asuntos «es lo mismo que emplear la sagrada teología en la construcción de templos».

Y como no basta un epigrama para destruir un cálculo matemático, parece que el señor Arrúe llevó la peor parte en la refriega; sin embargo, su error no consistió en defender las cifras reducidas, sino en negar la oportunidad de los acertados y exactos cálculos de *Stephanos*, quien, sin pararse tal vez á pensar en ello, ha establecido en su teorema lo que podemos llamar *la ecuación de la victoria*, nó de la caprichosa manera que el doctor Letamendi estableció la ecuación de la vida, sino de un modo razonado, y que conduce á averiguar cuál es el camino del éxito en la preparación para la guerra.

Este camino es el del aumento del producto  $c \pi n^2_0$ , en el cual quitaremos el índice, para mayor sencillez.

Apliquemos el teorema á las tropas de Napoleon en 1805-1806, comparándolas con su ejército, nutrido de reclutas, en 1813-1814.

El valor de unos y otros era idéntico, igual su nacionalidad, como su armamento; su general, el mismo; si unos llevaron á cabo la campaña de Austerlitz, otros verificaron la de Francia, que no por ser desastrosa fué menos bella; por lo tanto, tenemos  $\pi = \pi'$ ; pero el coeficiente mecánico del aprovechamiento del fuego, era:

$$c = 1 : 3.000, \text{ en los veteranos;}$$

$$c' = 1 : 10.000, \text{ en los reclutas.}$$

Tendremos, evidentemente, que

$$n' = n \sqrt{\frac{10}{3}} = 1.826 n$$

lo cual nos demuestra que los veteranos hubieran podido batirse, en igualdad de condiciones, con casi doble número de reclutas, atendiendo sólo á los coeficientes mecánicos, y estando ambos ejércitos mandados por dos generales de capacidad idéntica á la de Napoleon.

Veamos si el mencionado teorema nos explica la duración de la última

guerra contra los insurrectos cubanos. Aceptando cifras redondas, para mayor sencillez, y considerando que los voluntarios, aun no estando movilizados, auxiliaban al ejército en la custodia de las poblaciones, haremos

$$n^2 = 250.000$$

$$n'^2 = 25.000$$

• Veamos el valor de  $\pi$  y de  $\pi'$ .

Jamás ha entrado en mis costumbres tomar candorosas venganzas verbales que pudieran volverse contra mí, ó contra los míos.

En este concepto, me guardo muy bien de seguir la conducta de los que califican de infame despojo las conquistas, porque no considero infames á los que cubrieron de gloria á mi patria, desde Fernando, Isabel y Gonzalo de Córdoba, en el siglo xv, hasta Oyanguren, O'Donnell y Malcampo, en el siglo xix, entre los cuales figuran Cortés, el duque de Alba y Corcuera. Lo que hemos debido hacer es prever y evitar nuestras últimas derrotas, absteniéndonos de invocar derechos que siempre se hallan en los labios de los vencidos.

Por la misma razón, llamo traidores á la patria á esos mambises que, llevando sangre y nombres españoles, se insurreccionaron contra España; pero no los llamo cobardes, porque no veo la cobardía de gentes que, durante tres años, se han sostenido contra décuples fuerzas; y tampoco doy el nombre de cobardía á hacer guerra de partidarios, con sus sorpresas, emboscadas, dispersiones y concentraciones, como la hicieron nuestros aplaudidos guerrilleros, desde Viriato hasta el Cojo de Cirauquí.

Además, si creemos que son cobardes esos puñados de guerrilleros, no haremos ningún favor á los que no lograron vencerlos definitivamente.

Entiendo que, perteneciendo á la raza española ambos contendientes, y habiendo, en ambos bandos, negros originarios de Africa, el valor individual de los negros y de los blancos, no podía alterarse, cualquiera que fuese el color de la bandera.

Admito con el señor general Arteche, que el tener en frente un enemigo numerosísimo, produce pánico; y, por esto, considero disminuído el valor de los mambises en una mitad; pero como el fanatismo político lo duplicaba, tendremos evidentemente

$$\pi' \times 2 : 2 = \pi' = \pi$$

por lo cual este factor se compensa en ambos miembros de la ecuación, en la cual, despejando  $c'$ , tendremos

$$c' = \frac{c n^2}{n'^2} = \frac{250000^2 c}{25000^2} = 100 c.$$

Es decir, que el coeficiente mecánico de los mambises, á igualdad de valor, debió ser cien veces mayor que el de las tropas. ¿Esto es absurdo? Nó, por cierto.

El coeficiente mecánico es una resultante, en este caso, de la resistencia á la insalubridad del clima; de la movilidad, dependiente de la impedimenta; del espionaje abundante y fiel; del terreno, que según su clase, favorece al ejército, ó á las partidas; del aprovechamiento del fuego; de la aptitud para el manejo

del arma blanca, que resuelve muchas cuestiones en terrenos cubiertos. Total seis, sin contar la organización y la unidad de armamento, que, en guerra de partidas, carecen casi completamente de utilidad.

Estos datos entran en concepto de factores del coeficiente, con todo rigor matemático: á mitad de peso, doble probabilidad de ejecutar á tiempo el movimiento; si el terreno favorece doble á un contendiente, es porque le permite causar doble daño; si el ejército, por cada herido, cuenta  $b$  bajas de enfermos, es lo mismo que si las armas enemigas produjesen  $bh$  bajas por heridos en lugar de  $h$ , sin aumentar el consumo de municiones.

Supongamos, ahora, que esos seis factores son, poco más ó menos, iguales entre sí, con lo cual, cada factor será próximamente igual á la raíz 6.<sup>a</sup> del producto ó coeficiente mecánico: es decir, que de la anterior igualdad habremos de sacar la raíz 6.<sup>a</sup> de ambos miembros, para hallar aproximadamente uno de dichos factores.

Tendremos, pues,

$$\sqrt[6]{c'} = \sqrt[6]{100 c} = 2.154 \sqrt[6]{c};$$

ó lo que es lo mismo, cada factor, en el coeficiente mecánico de la insurrección, siendo igual el valor físico de ambos combatientes, resulta doble mayor que en el ejército, ó poco más.

¿Y no han reconocido *Critón*, Calero, Ortega, los ministros de la Guerra y otras muchas personas, que nuestros soldados, por falta de instrucción, adolecían de inferioridad en los dos factores, aprovechamiento del fuego y manejo del arma blanca?

El terreno cubierto de bosques, y el país adicto, que facilitaba espionaje fidelísimo, ¿no favorecían considerablemente á los mambises?

¿No llevaban las tropas doble carga que aquéllos, conduciendo su equipo y sus raciones?

El clima, casi inofensivo para los naturales del país, ¿no perjudicaba diez, ó, quizá, veinte veces más, á los procedentes de otro clima muy distinto?

¿No es perfectamente verosímil que, por término medio, cada uno de esos factores, tuviera poco más del doble de valor en los insurrectos?

Así, se explica cómo pudo ser el juego tablas, durante tres años.

Pero esta racional, práctica y exacta aplicación á la guerra de Cuba, de la *ecuación de la victoria*, ideada ingeniosamente por *Stephanos*, demuestra que éste se equivocó lastimosamente, al suponer que el número, que sólo es un factor elevado al cuadrado, tenga tan decisiva influencia en un producto donde entran tantos factores, que permiten igualar racionalmente la potencialidad de dos ejércitos, de los cuales, uno es diez veces mayor que otro.

Y hay que llamar la atención de los que rigen los destinos de la patria, para que se fijen en la imprescindible necesidad de fomentar el crecimiento de toda clase de factores; aunque sea á costa del efectivo, si este factor perjudica á los demás.

G. M. SECO.

Coronel de infantería

(Continuará.)

## SECCIÓN BIBLIOGRÁFICA

DEFENSA DEL GENERAL JÁUDENES, *hecha por el general de brigada D. Ignacio Salinas y Angulo. Leída el 29 de septiembre de 1899 ante el Consejo Supremo de Guerra y Marina, reunido en Sala de Justicia.*—Madrid, 1899.—Un folleto de 96 páginas y 3 planos.

Los procesos incoados con motivo de nuestros grandes desastres militares han dado ocasión á que distinguidos oficiales del ejército hayan empleado su talento en la noble tarea de defender á los acusados. En los números anteriores de la *Revista* hemos señalado á la atención de los lectores algunas de las defensas leídas en el Consejo Supremo de la Guerra; y hoy hemos de hacer lo mismo con la extensa y erudita que redactó y leyó el general D. Ignacio Salinas en favor del general Jáudenes, acusado con motivo de la capitulación de la plaza de Manila. Los escritos de los defensores están siempre bosquejados desde un punto de vista especial; y, colocándonos en él, hemos de convenir en que el que motiva estas líneas está hecho con suma habilidad y profundo conocimiento del asunto. Fallóse el proceso, y archivada queda la defensa; pero ésta será siempre un manantial utilísimo de noticias preciosas para la historia de los últimos momentos de Manila española.

GRIETAS EN LOS CASCOS Ó VAINAS METÁLICAS DE LOS CARTUCHOS DE FUSIL, *por D. Francisco Cerón y Cuervo, comandante de Artillería.*—Madrid, 1899.—Un folleto de 32 páginas y varias figuras intercaladas, publicado por el «Memorial de Artillería».

Vivamente sentimos que la falta de espacio no nos permita dar á nuestros lectores idea completa del trabajo del Sr. Cerón y Cuervo. Se trata de un estudio serio, meditado, bien acabado, con el cual demuestra una vez más su autor cuánto conoce todo lo que á la cartuchería se refiere. Quiere el Sr. Cerón que se sepa, para evitar futuras é injustas responsabilidades, «que los cartuchos metálicos de fusil, cuando llevan algún tiempo de cargados, se agrietan espontáneamente por la gola y el gollete, quedando por esta causa inútiles para ser disparados».

En el folleto analiza á fondo este fenómeno pernicioso, recomendando al final del mismo los medios para retardarlo ó evitarlo, como son, entre otros, aumentar la acción protectora del barnizado interior, ó cambiar el latón (cobrezinc) de los cascos por una liga de cobre y aluminio con trazas de magnesio (bronce aluminio al 5 por 100), por creer que este metal satisfaría mejor á las necesidades prácticas.

Felicitemos al Sr. Cerón por esta nueva muestra que ha dado de su actividad y amor á la profesión, tan necesaria en un ejército, en el que, si no faltan los proyectistas, no abundan como debiera los estudiosos, los investigadores, los factores y cómplices del progreso.

M. R. B.